

# María Teresa Castrillón

## ROBERTO BAÑUELAS

**M**aría Teresa Castrillón se ha distinguido siempre por su relación profunda, con todo lo que representa el acontecer de la música, desde el concertismo que ha ejercido, la cátedra que ha impartido y el testimonio de su saber y entusiasmo que contribuye como crítica y cronista de la vida musical de México. Para interpretar el libro de la biografía de la eminente pianista Angélica Morales, escrito por María Teresa Castrillón, debemos apreciar la objetividad de su enfoque, un inevitable sentido del humor, y el registro puntual de un desarrollo que se parece al de una sonata con su exposición, desarrollo y recapitulación con sus variaciones, dinámica expresiva, y la conclusión frente a un destino individual, realizado y contradictorio en un dramatismo de amarga controversia.

La biografía, en su redacción clara y de limpia prosa, propone el desarrollo de una vida inmersa en la realización artística con el compromiso implícito de recrear la obra de los genios de la música que guardan una relación con la literatura pianística, y, desde la ruta existencial de la biografiada, se antoja una novela del personaje y el mundo entre dos guerras mundiales que, por haber padecido la Segunda, influye en acentuar las contradicciones de su carácter y la proliferación de conflictos que provoca el personaje cuando está lejos del teclado. Rica, abigarrada y diversa, la vida de la gran pianista coincide con una pasión y una meta renovada o insatisfecha de creatividad al nivel propuesto por los autores, que interpreta desde los seis años de edad hasta el inicio de la decrepitud y la hora definitiva de la muerte que la separan de la inter-

pretación de los genios que habían completado la creencia de la Creación con su música.

La obra de María Teresa Castrillón me motiva a una serie de reflexiones impulsadas por la interpretación que hace de tan singular personaje.

El nombre de Angélica se completaba con el de Euterpe, ángel que danza prodigiosamente con los dedos sobre el teclado de los mil y un pianos de concierto que en su mundo fueron. Desde niña, Angélica Morales impresionó a los grandes pianistas que la conocieron y le impartieron sus clases magistrales: su relación de artista estaba signada por una línea de excelencia. A la edad de 12 años comienza a triunfar en Alemania. Su talento, cercano a la genialidad creativa, se aproxima ya a la maestría interpretativa. Más tarde, cuando convierte a Emil von Sauer, de venerado maestro en devotísimo y hechizado esposo, enlaza técnica y artísticamente con la tradición que arranca de la genialidad artística y creativa de Franz Liszt, de quien todos los que habían tocado una vez para el genio húngaro, se decían sus discípulos; la verdad es que Liszt tuvo más hijos naturales que discípulos.

La diversidad de maestros influyó en Angélica Morales para la variedad de su extenso repertorio que asimiló e interpretó siempre con la verdad de quien entiende a cabalidad la obra y su mensaje. El solista es un intérprete múltiple que inicia y concluye en sí mismo el ritual de la recreación.

De los niños prodigio se dice que lo fueron y que se transforman en adultos desilusionados; pero en el caso de Angélica Morales, lo prodigioso se transformó y prolongó en un anhelo insatisfecho de perfección y estilo interpretativos en la naturaleza y esencia de cada obra, al penetrar en un mundo de

civilización y de intensa vida cultural donde la música era y sigue siendo, con creyentes convencidos, la otra gran religión.

En 1926, regresa a México y ofrece, con brillantez y grandeza, numerosos recitales que provocan entusiasmo y admiración. El éxito artístico, que fue inmenso, no tuvo el equivalente económico que resultó a beneficio del agente italiano que organizó la gira y huyó a Nueva York, acompañado de su esposa y el dinero que pertenecía a la joven Angélica.

En el segundo retorno a México, en 1929, un crítico que no quería oír las excelencias de una artista mexicana, elogió el concierto de Angélica Morales con amplia mezquindad. Con el paso inclemente del tiempo, dicho crítico fue perdiendo el oído y, pensando en delicias más terrenales, antes de cada concierto se encaminaba a Sanborns a comprar su bolsa de pan.

Ejecutante que no logra la maestría antes de los 25 años de edad, continúa como estudiante resignado, pero no como estudioso partícipe de la anhelada perfección. Angélica Morales logra el dominio y la suprema expresividad de estilo con las Variaciones Goldberg de Johann Sebastian Bach y se corona como intérprete dimensional de la literatura pianística. Asimismo, el hecho de haber interpretado en forma integral la obra de *El clave bien temperado*, impregnó su arte pianístico de una perfección de fraseo y de comprensión precisa de la estructura en turno para todas sus interpretaciones, incluyendo las de autores relativamente modernos.

Todo talento que logra equiparar su interpretación con las obras de los creadores geniales, pertenece al mundo y no a una localidad que lo ignora y ahoga. Lamentablemente, llega un día en que se termina el exilio.

No creo que Angélica Morales se haya dignado nunca a acompañar a algún cantante, pero insistía en el fraseo *cantabile*, propiedad de la expresión del canto aplicado a instrumentos fabricados e insensibles que necesitan de la contribución personal y emotiva del artista.

Compenetrada de la personalidad, las palabras y la sabiduría de Emil von Sauer, Angélica Morales es la voz del pasado y la tradición sacralizada que la conduce a hablar de Franz Liszt, de Nicolai Rubinstein, de Johannes Brahms y de Richard Strauss como colegas o amigos de tertulias musicales. Entre los triunfos de solista y la egolatría que crece en la soledad y el desamor, nutre su existencia evocando las imágenes de los

grandes de quienes se siente, por derecho propio, su mejor intérprete.

Hace y recrea música con cerebro del siglo XIX, pero sin dejar de padecer con dolores propios el reflejo existencial del siglo XX.

La artista, retirada y rodeada de soledad, intenta escribir sus memorias para coexistir con imágenes presentes de seres que ya murieron y que pueblan el museo de la recordación y de una nostalgia activa, para acompañarla desde el pasado inasible hasta su soledad presente.

Muchos reconocimientos le llegaron en forma tardía a la extraordinaria intérprete que fue Angélica Morales. Pero hoy, que se dispone de toda la estructura administrativa de las artes, estamos a tiempo y favorecidos por una incomparable y avanzada tecnología para rescatar muchas de sus grabaciones y presentarlas al público que la admira y la reconoce como la pianista más grande que ha dado México. Las instituciones correspondientes tienen la palabra y la decisión.

Para terminar, debo felicitar a María Teresa Castrillón por la realización de este magnífico trabajo de investigación y creatividad, realizado con belleza y amor de artista.

En la Ciudad de México, 13 de agosto de 2008



Roberto Bañuelas